

Prólogo

Armando Villegas Contreras

He querido reflexionar sobre algunas ideas que surgen de la lectura de este libro. Más allá de decir “lo que dice”, para lo cual el lector tiene las suficientes herramientas críticas que lo podrán llevar de un capítulo a otro, es necesario pensar los motivos teóricos, históricos y filosóficos que inspiran el ensayo de Beatriz Alcubierre Moya. Asimismo, más allá de una escritura amena e informada, el texto que comentamos muestra dos cosas: en primer lugar, la consolidación de una línea de pensamiento que combina el análisis histórico con el del discurso para dar cuenta de la aparición de subjetividades y de sus transformaciones, en este caso la infancia; en segundo lugar, la incursión de la infancia en el contexto borbónico como objeto de preocupación de distintas instituciones en pugna: la Iglesia, el Estado, la familia. El niño es producido como sujeto en las dos acepciones que “sujeto” tiene: como individualidad (de la que es rehén o con la que se emancipa) pero también como sujeto en el sentido que el idioma inglés da a la palabra, como *subject*, tema, preocupación y objeto de análisis. Ambas, se puede decir, son aquí nombradas como “figuras del discurso” o “conceptos” en el sentido de Kosselleck. Palabras que condensan significados y prácticas, que cambian su semántica posibilitando transformaciones en el modo en el que se percibe su referencia o bien que la conservan, dando lugar a que el tratamiento de un objeto incorpore nuevas significaciones, pero sin perder la influencia discursiva que arrastra estructuralmente. La autora llama (a veces) a la “infancia” “figura” y analiza (también a veces) su potencial retórico. Con ello da cuenta de su aparición en tres momentos de la historia de México y España.

Pensemos entonces esa figura de dos maneras: como figura del pensamiento que interviene en un proceso histórico y que según la autora es clave para entender la modernidad; y como población, es decir, como conjunto de seres que son tratados indistintamente como especie (grupo etéreo) y en cuyos cuerpos son aplicadas determinadas políticas por considerarlas útiles a los fines del Estado, del saber médico o de las instituciones intersticiales (la Iglesia, la familia); población sobre la que se ejerce un control biopolítico para erradicar una enfermedad, por ejemplo, pero también para “poblar” un territorio (la Alta California en este caso).

A mi juicio, y siguiendo el hilo biopolítico, la sorprendente afirmación de Antonio Bilvao de que los niños expósitos están ahí, “para todo lo que se quiera de ellos” es el síntoma de un proceso más general que comienza en el siglo xvii cuando, a través de los “manuales de gobierno” de corte antimachiavélico, se empezó a oponer en Europa un gobierno general del territorio y su control, al gobierno de determinadas subjetividades: de “los hombres” de “las almas” de “los niños”, de “las mujeres”, de “las cosas”. Esto es lo que Foucault denominó gubernamentalidad. La mentalidad de extender el control político hacia casi todo lo viviente y que constituyó lo que más tarde se llamó “Estado moderno”. Como se ha hecho con otras figuras (el mestizo, el indio, la mujer, el cuerpo mismo del individuo occidental) el mérito de Alcubierre Moya es engarzar al niño en una reflexión general sobre la configuración del control de la vida y de la proliferación de su fuerza útil. Pero ahondemos en la reflexión que inspira el libro que el lector tiene en sus manos. La infancia como “figura” y como “población”.

La figura de la infancia

Advertir que cualquier subjetividad es el resultado de un proceso social e histórico no es nuevo. Las subjetividades dependen, como advierte Alcubierre Moya respecto de la infancia, de construcciones culturales y de prácticas diversas. Dichas subjetividades entonces acarrean representaciones, imaginarios que hacen aparecer instituciones, políticas y prácticas que en un momento anterior a su construcción no existían. Este proceso de desnaturalización ingresa en el análisis un gesto retórico que nos recuerda que lo que hoy vivimos como una subjetividad a-histórica es en realidad la combinación de intereses de grupos, de cambios en los saberes y de la evolución de la ciencia. Ello es una línea de interpretación

muy importante, consolidada como forma de acercarse al mundo y que tiene su origen en las prácticas de análisis textual. Pero lo verdaderamente interesante del texto de Alcubierre es la manera de aplicar esas categorías al análisis de una figura difícil de deconstruir por los valores que desde el romanticismo se asocian a ella. Por ejemplo, la inocencia que es impensable en el periodo barroco y que atestigua un corte en el tratamiento de un grupo “etario” que se convierte en objeto de preocupación.

La edad puede ser un criterio en ese corte que cambia el trato de los niños o que de hecho los “convierte en niños”, pero la autora sugiere dos más. El cambio en la posible utilización de los niños como fuerza social (motor de desarrollo lo llama), que promete la ciudadanía futura y en los que se cifran las esperanzas de la vida del Estado (pensemos en la civilidad y en la pedagogía), y el biopolítico, la aplicación de las medidas más drásticas para el control de los niños como “población”, susceptible de ser intervenida por prácticas que prolongan la vida. Así, al analizar a la “infancia” como figura, se emprende un análisis de carácter histórico (sobre el que volveré líneas adelante) pero también de carácter epistemológico que da cuenta de transformaciones que tienen lugar en un momento determinado y en una geografía muy delimitada. Ello da al texto un valor hermenéutico riguroso, un tratamiento singular del problema y sobre todo, una distancia respecto de abstracciones inútiles. La infancia no queda así ligada a reflexiones filosóficas sin anclaje real, tampoco a la pregunta sobre su esencia o su definición, sino que por derivación visibiliza otras maneras de entenderla.

Pensemos en los estudios sobre la infancia en latitudes que no fueron colonias españolas. O en latitudes como la nuestra, que hibridaron muchas prácticas y representaciones diversas sobre los niños. Al situar su objeto de manera tan singular, la autora nos hace pensar ya en una historia de otras infancias. Por ejemplo, la representación del niño en los pueblos indígenas (seguro Bolívar Echeverría diría “infancias barrocas”), en las sociedades musulmanas, en las tribus “arcaicas” y, por qué no, en sus transformaciones presentes a través de políticas, marcos jurídicos o condiciones económicas. Ello aporta a la discusión un panorama en el que nuestros prejuicios podrían disminuir a la hora de “juzgar” la forma en que otras culturas y sociedades tratan a los niños. Ya desde el capítulo III se introduce el plural, pero es en el epílogo en el que se nos recuerda la importancia de la aproximación teórica:

Pero es esencial comprender que se trata de un concepto polisémico, que se fragmenta en expresiones diferenciadas y jerarquizadas que permiten distinguir entre los niños ideales y aquellos otros que no encajan del todo en el modelo arquetípico, pero cuya existencia es precisamente lo que permite (por contraste) identificar y diferenciar a los que sí gozan del privilegio de la “buena crianza”: discriminar entre los “niños de familia” y los “niños de nadie”. Por ello, es imprescindible comenzar a hablar ya no de la infancia, si no de las infancias: tantas como las desigualdades económicas, sociales y étnicas que caracterizan a la modernidad occidental, han determinado.

Si de hecho, al referirnos a occidente o a la occidentalización a través de la colonia podemos encontrar varias infancias, las infancias que escapan a esta cultura cobran visibilidad. Por ello la autora se obsesiona al pensar el problema como un problema de “marginalidad”, pues sólo una interpretación de este tipo, por efecto, visibiliza esos márgenes que no son considerados arquetipos del niño. El valor de su aproximación teórica radica justo allí, en donde el discurso y la historia se encuentran.

La “preocupación por el niño”

La representación visual más atinada que podamos tener de los niños abandonados y de su transformación en pícaros quizá sean las pinturas de Bartolomé Esteban Murillo. Por ejemplo en el cuadro de *Los golfillos* pero también en *Dos niños comiendo melón y uvas*, que es incluido en el texto, se los ve trágicamente. Unos con mirada triste, otros con el cinismo cruel que ha dado la calle de las nacientes metrópolis. Invariablemente con las ropas roídas y comiendo algo que han robado, que han mendigado o que han encontrado por casualidad, el ocio y la falta de expectativas parecen ser, a una mirada contemporánea, síntomas de un pasado cruel que no tenía ninguna consideración por los infantes. Esa sensación que dan los cuadros de Murillo, que sin contexto de interpretación parece ser del todo trágica y producto de una sociedad poco decente, puede explicarse cuando se estudia el paso del “niño mártir al niño útil”. Este paso da sustento a una de las tesis principales del libro según la cual la percepción de la infancia cambió cuando las políticas del Estado borbónico abandonaron el “ideal medieval” de la infancia como objeto de martirio (revelada como cohesionadora de lo social a través de na-

raciones en las que los niños aparecen susceptibles de cultos religiosos, los niños justos, etcétera) en la cristiandad y propusieron que esos niños sujetos a la muerte podrían ser útiles al Estado. Así nos dice la autora: “Uno de los principios esenciales de la secularización consiste principalmente en una transición discursiva, en la cual el ideal medieval del mártir fue sustituido por el principio utilitarista del hombre práctico”.

Aunque ese “paso” no es necesariamente identificable debido a que aún en los albores del siglo XIX el “martirio” infantil era utilizado como cohesionador social o para la identificación política de grupos dirigentes con grupos sociales. Aún así, decimos que la transformación se fue instaurando con las nuevas tareas y objetivos que tenía el Estado para con sus ciudadanos.

Ese corte, transformación o “paso” implica una reflexión más general sobre “lo viviente”. En los albores de la Ilustración no era novedad sacrificar a los niños, pero tampoco era novedad sacrificar a cualquiera. Esa transformación de la percepción de la infancia en la temprana modernidad no está exenta de la transformación de la percepción de la “vida en general”, que comporta un aspecto paradójico aplicable también al niño. En ella intervienen aspectos jurídicos (el derecho a la vida) y teológicos (la vida es sagrada). Paradójicamente, es la modernidad la que más ha insistido en el carácter útil pero sagrado de la vida. Se piensa que lo viviente es intocable pero, a la vez, propenso de ser intervenido para hacer proliferar a la especie. La infancia no está exenta de este análisis. Por eso decimos que Alcubierre ha atinado en analizar a la infancia como categoría de análisis en el marco general de la biopolítica que introduce el cuerpo del niño como sujeto a experimentaciones de la ciencia y del control de la población. De ahí el interés de analizar el proyecto de poblar la Alta California y el de vacunación de los niños para erradicar enfermedades como la viruela. Si la modernidad comprendió que eran los niños los ciudadanos del futuro, lo hizo en función de producirlos como población indistinta, como grupo delimitable y abarcable. Como población, en suma. Aun así, pudo trasladarles funciones ligadas también al ámbito de la moral y de lo jurídico (la felicidad, el amor, la educación y los derechos que ésta supone). Siempre en tensión entre su cuidado y la fragilidad general de la vida que los amenaza.

Si bien la autora no lo encara así, un efecto de su lectura es que los niños entraron en un proceso de secularización que fue acompañado por el desarrollo de las ciencias, la medicina, la pedagogía y las instituciones de encierro (los hospicios, las casas para niños, etcétera) y también por una preocupación teológica que les

daba la protección de poder realizar anhelos que al mismo tiempo eran impuestos por el Estado y por la idea de que podían hacer proliferar la vida. Si, como dice la autora, la vida precaria del niño era mostrada en tal magnitud que a los diez años alguien podía ser considerado sobreviviente, con el recambio del biopoder sobre la infancia el niño pudo extender sus ámbitos por la protección que le brindaba el Estado. Entra así la reflexión en una combinación interesante de un proceso de preocupación estatista, biopolítico y de defensa de la sacralidad del niño. Sólo así se explica la importancia de la “inocencia” del niño en el romanticismo. Término que pertenece a la teología; al “antes de la caída” que supone la madurez y la entrada en la vida adulta.

Por otro lado, la autora piensa que el proceso de utilización de los niños para colonizar y poblar determinadas partes del territorio de Nueva España, la Alta California en este caso, puede pensarse como el fracaso de dos proyectos. En primer lugar, como el fracaso de otro tipo de colonización, la de los artesanos (en 1791) que debían llegar a California (herrereros, carpinteros, carteros, curtidores) y asentarse ahí para enseñar sus oficios a los indios y a los mestizos residentes, pero también ocupar el territorio amenazado por injerencias extranjeras. Y en una segunda oleada, artesanos con antecedentes delictivos menores (en 1798). Colonización que tampoco tuvo éxito.

Los niños así entrarían al relevo generacional utilizados principalmente para garantizar la ocupación de territorios amenazados por fuerzas extranjeras (los rusos, los franceses, los ingleses). La infancia, históricamente en disputa, dista así en ese momento y en esa geografía de adherirse a significados de la familia pequeño-burguesa que tanto trabajo costó estructurar en un país policromático y azotado por todo tipo de injerencias. En segundo lugar, esa utilización de los niños para poblar tendría, según muestra Alcubierre Moya, efectos transformadores para una nueva (y otra) percepción de la infancia, esta vez como motores del desarrollo histórico.

El margen

He tratado de pensar algunas cosas tanto metodológicas como filosóficas respecto al texto de Beatriz Alcubierre Moya. No son todas, el lector podrá encontrar reflexiones sobre las niñas expósitas, sobre la relación de las Reformas Borbónicas

y la difícil tarea de mantener la cohesión social, desde España, en los territorios colonizados. No quisiera cerrar este texto sin pensar, brevemente, la cuestión de la marginalidad que sobre los niños se piensa. De la infancia construida marginalmente. En el apartado “Vivir en el margen” la autora reflexiona sobre la marginalidad y la exclusión. La primera, dice, es una condición; la segunda, una acción. Las sociedades construyen sus márgenes en oposición a los criterios de utilidad con los que viven. Pero, los llamados “marginales” siguen siendo necesarios para mantener los criterios de utilidad de esa sociedad. Esas sociedades necesitan un exterior que los constituya y que les permita nombrarse. Me parece importante pensar la marginalidad no como una delimitación clara de lo que es central respecto de algo que sería periférico, sino como un conjunto de relaciones históricas que a través de luchas y de intereses de los grupos sociales colocan a las subjetividades en situaciones asimétricas. Esas relaciones asimétricas no pueden valorarse como buenas o malas, debemos aprender a describirlas para comprenderlas. En el caso de los niños expósitos, el abandono los colocaba en un intersticio de la ciudad, no en el margen. Pero el martirio, aunque no en todos los casos, los había marginado de la vida, expulsándolos literalmente. El biopoder y los derechos humanos los han puesto en la centralidad de la vida y del futuro. Toda muestra de metaforología al respecto es sintomática: “Los niños son el futuro”, por ejemplo.

Una vez “establecida” esa centralidad ideológica tendremos que volver a desagregar muchos problemas: el de la clase social, el de la etnicidad, el de la geografía, el del género, etcétera. Es decir, el de la importancia del análisis de las relaciones históricas que marginan a unos y centralizan a otros. Me parece que *Niños de nadie. Usos de la infancia menesterosa en el contexto borbónico* está dedicado a dar cuenta de esas relaciones que la autora refiere como “las infancias”.